

Introducción

Gran parte del ejercicio de la vida de un político se basa en construir legado, no solo para realzar su pensamiento y sus acciones, sino para contribuir a dejar en la vida nacional una serie de instituciones (entendidas como modos de obrar) que puedan perdurar en el tiempo, es decir, un gran político es aquel que trasciende momentos históricos, sólo pueden lograr ello quienes tengan una gran noción de sus contextos y la sapiencia necesaria para hacer lo útil con lo posible.

En muchas ocasiones este objetivo puede verse truncado por distintos motivos (intencionados o no) generando vacíos en la narrativa histórica de procesos de suma importancia para la historia de las naciones. Surge, pues, de esta realidad una interrogante alrededor de como llenar estos espacios faltantes a partir del ejercicio reflexivo de los hechos y sus consecuencias. ¿Se puede valorar la ontología política de un actor cuando ha sido sometido a la opacidad histórica/académica?

El esfuerzo analítico de las siguientes líneas busca dimensionar apropiadamente la figura de Luis Herrera Campíns, entendiendo sus matices como hombre cristiano, político y estadista. Entendiendo que durante años las menciones sobre su figura han estado única y exclusivamente dirigidas a enmarcar sucesos puntuales de su periodo presidencial, generalmente de forma peyorativa, resulta perentorio rescatar aquellos axiomas relevantes de su perfil y vida política que van más allá de la trivialidad de analizar su periodo de gobierno.

Por supuesto, habrá que destacar que la realización de esta obra cuenta con las limitaciones anteriormente mencionadas, la falta de fuentes y análisis contundentes de autores de diversos espectros sociales e ideológicos dificulta la profundización y el debate sobre elementos que pueden ser ampliados con base a la ponderación cualitativa que se haga de este actor.

Con relación a la estructura del ensayo, se decantó por dividirlo en 3 grandes temas. La primera, titulada “De cristiano a político”, aborda cómo se fue configurando su personalidad política a partir de elementos inherentes a su posición religiosa, orígenes y vida estudiantil. La segunda, titulada “Luis Herrera Campíns y COPEI, una relación tormentosa”

indaga las interacciones que tuvo con el partido de su vida, desde sus inicios hasta los momentos de mayor tensión como candidato y posteriormente como Presidente.

Por último, se escribe sobre “Luis Herrera, un demócrata internacional”, líneas que buscan explorar sobre su accionar en política exterior partiendo de un entendimiento estructural del momento en que le tocó gobernar y la aplicación de sus preceptos ideológicos en la elaboración de su plan internacional.

A lo largo de la historia venezolana, el llano ha sido epicentro de narrativas gloriosas, que curtidas de la epopeya republicana han signado el carácter de los llaneros, estirpe guerrera e indomable, caracterizada por su coraje y valentía. Sin temor a equivocarnos, en el imaginario venezolano el llanero es una mezcla de la bravura que expresan las letras de Alberto Arvelo Torrealba, la apacibilidad que se halla en los textos de Gallegos y Lazo Martí, y la cabalidad de muchos héroes civiles ignorados por la historiografía.

Estas condiciones son ideales para enfrentar las lides referentes a la política, un juego que en Venezuela siempre ha requerido astucia para leer las citas históricas que se generan de forma cíclica y templanza para accionar de manera decidida en pro de convertir ideas en hitos. Especialmente durante una etapa compleja en la vida democrática venezolana, en la cual la nación transitaba grandes desafíos en lo referente a la sostenibilidad de la institucionalidad política.

Y si hablamos de leer momentos, tenemos que hacer referencia a Luis Herrera Campíns, el “llanero solidario”, el leitmotiv de estas ideas y sin lugar a dudas, un personaje que ha quedado atrapado en la vorágine del dinamismo con el que la historia política en Venezuela trascendió año tras año hasta llegar a este punto, en el cual se cumplen 100 años de su nacimiento.

Su infancia y juventud se desarrollaron en el seno de una familia trabajadora, conformada por sus padres, un hermano y una hermana. Luis Herrera se crio en medio de una Venezuela en crecimiento, su familia procuró asegurarle una educación integral y cargada en los valores católicos que estos profesaban, lo que lo llevó a estudiar en la Salle de Barquisimeto, uno de los centros educativos por excelencia para los jóvenes del occidente del país que aspiraban a ser protagonistas en la conducción política de la nación en un futuro próximo. Luces sobre este aspecto de la vida de Luis Herrera, se pueden hallar en Aveledo (2012)

En 1935 la familia se mudó para Barquisimeto (...) Allí los varones pudieron estudiar en el Colegio La Salle. (...) En esa gran casa barquisimetana para aprender del mundo y a la vez gran casa universal para entender a Venezuela, estudiaron muchachos que serían llamados por la vocación política. Entre los mayores el

acarigüño Gonzalo Barrios, el yaracuyano Víctor Manuel Giménez Landínez y el larense Eligio Anzola Anzola. Contemporáneos de Luis Herrera

Nacido en el ocaso de la dictadura Gomecista, LHC creció en un entorno profundamente católico, que generó una influencia decisiva en la formación de sus ideas en torno a la vida, abarcando aristas sociales, políticas e incluso económicas. Herrera Campíns tenía afianzado el servir a los demás desde temprana edad, por eso desde joven todos proyectaban en él un futuro prometedor en cuanto a liderazgo, ya que reunía las condiciones que los hombres que han trascendido en la historia de Venezuela también poseían, el talento era innato.

Hablar de Luis Herrera resulta una tarea onerosa, especialmente en cuanto a su condición de político se refiere, la ausencia de fuentes primarias o estudios concisos sobre su pensamiento político o su etapa como estadista abre un mar de posibilidades para que investigadores contemporáneos puedan adentrarse en el estudio de tan relevante personaje en la historia de Venezuela en el siglo XX. Pero también es un retrato de cómo la historiografía nacional ha pasado por alto los elementos inherentes a su ontología política para centrarse únicamente en el análisis de su gestión como estadista, especialmente en los dos últimos años de su periodo presidencial, reduciendo su legado a un espacio temporal marcado por una crisis sistémica difícil de dimensionar en aquel entonces.

Ingresa a COPEI en el 46, desde su fundación, para labrar un camino que inicialmente se centró en el esfuerzo parlamentario al cual el partido dedicó gran parte de sus recursos materiales e inmateriales hasta su primer triunfo presidencial en 1968. Su adhesión al partido se explica, entre muchas otras razones, por la afinidad religiosa, su temprana vocación política y la oportunidad surgida por estudiar en La Salle.

Como antecedente de su militancia formal en COPEI, el llanero fue partícipe del nacimiento de la Unión Nacional Estudiantil (UNE), movimiento político creado en 1936, surgido como una escisión de la Federación de Estudiantes Venezolanos (FEV), auspiciada por estudiantes católicos provenientes de la Compañía de Jesús, los Hermanos de La Salle y los Salesianos. Ya en 1940, en el Centro Científico de la Salle, conoció al afamado conductor de la UNE, Rafael Caldera, encuentro importante para ratificar su intención de hacer vida política prolongada dentro del partido.

Al haber ingresado a tan temprana edad a la disciplina partidista, su idea de política se fue forjando dentro de esa organización, siendo así, se puede decir que 3 pilares fundamentales marcaron su concepción ideológica: 1) Justicia social; 2) bien común; y 3) regionalismo.

Siendo así, el espíritu de la Doctrina Social de la Iglesia y el concilio vaticano segundo impactaron en sus decisiones y accionar a lo largo de su carrera política. Séneca, dijo alguna vez que el “gobierno más difícil es el de uno mismo”, ante lo cual Luis Herrera continuamente daría lecciones de esto.

Uno de los pilares significativos en su idea de política fue la justicia social, como cristiano consideraba que el deber del estadista era reducir al máximo las desigualdades y crear la mayor cantidad de oportunidades para todos, inclusión y equidad debían ser la bandera de todo proceso político. LHC entendía que la democracia debía servir como eje transversal para conseguir tan loable objetivo, pues solo así se podía evitar que los cada vez más acentuados contrastes entre riqueza y marginalidad se siguiesen profundizando.

La noción del bien común no será distante dentro de su caracterización como político. Si bien COPEI representaba una gran cantidad de valores del cristianismo, una de las críticas que se han planteado históricamente sobre su estructura es que resentía la falta de conexión con buena parte de las fuerzas vivas del país. Herrera rompió ese molde, no solo por su capacidad personal, su carisma y llegada entre la población, sino por su habilidad de generar puentes con una gran cantidad de sectores de la sociedad civil: izquierda, sindicalistas, laboristas, asociaciones civiles, cooperativas.

Sobre el regionalismo es importante ponderar el peso de sus orígenes y la marcada diferencia de oportunidades que existía entre los centros urbanos del país y los pueblos. Abogó por una mayor descentralización, que le diera oportunidad a miles de hombres y mujeres de contribuir al crecimiento de la nación. Sus candidaturas y su perfil político tuvieron como bastión la región centro-occidental del país, desde donde también generó propuestas como parlamentario y presidente en torno a la defensa de la identidad cultural, de

las expresiones artísticas propias de cada estado y sobre todo, a la generación de una autonomía estatal real que sirviera para fortalecer el proceso democrático en Venezuela.

Dentro de COPEI y la vida nacional su protagonismo fue creciendo a medida que su verbo encendido le ganaba vótores por sus discursos en el Parlamento, sin embargo, no pudo hacerse con el liderazgo que por cuestiones de ascensos y trayectorias naturales le hubiese correspondido en 1972, dentro del mundo de los partidos políticos, principalmente por las diferencias fundamentales que tuvo con Rafael Caldera.

Luis Herrera fue el estereotipo de cristiandad a carta cabal, un hombre que comprendía que ceder el lugar al prójimo era necesario por el bien de la comunidad, por ende, aceptó con hidalguía la derrota como precandidato presidencial en la convención nacional de COPEI del 72, aun teniendo las condiciones requeridas para ser el candidato en la contienda electoral del siguiente año, porque comprendía que por el bien del partido era necesario que se respetasen sin dudar las decisiones que a lo interno se tomaban.

Sin embargo, este traspie no detuvo sus aspiraciones, especialmente a sabiendas de que una buena parte de la población (partidista y no partidista) le depositó una inmensa confianza, ya que lo veían como un hombre capaz de conectar con las reales necesidades y padecimientos del pueblo. Por momentos LHC fue el arquetipo de político jovial y cercano que se mimetizaba con el sentir nacional.

Habría que entender que una victoria no materializada no implica una derrota, puede que Luis Herrera Campíns no haya obtenido los votos necesarios para ser el candidato presidencial, pero es innegable que el inmenso respaldo obtenido a lo interno de la organización refleja un rechazo a la forma tradicional de conducción del partido y manifestaba una clara intención de cambio. Es evidente había fraguado un liderazgo considerable que usaría como plataforma para impulsar su candidatura para la contienda electoral de 1978.

Para ello acumuló aptitudes y consensos que lo terminaron proyectando como presidenciable. Sobre estos hechos, se recogen más detalles en el libro de Carnevalli (2014, p. 49) donde se señala lo siguiente:

Yo discrepo de algunos analistas de COPEI quienes en retrospectiva han querido plantear que la precandidatura de Luis Herrera fue tan solo un ejercicio de medición para las elecciones de 1978. Eso para mí es una gran mentira. Luis Herrera llegó al Radio City dispuesto a ganar la candidatura de COPEI y fue Rafael Caldera, su enemigo histórico dentro del partido, quien utilizó la figura de Lorenzo Fernández para detener lo que en ese momento era una candidatura de gran calado. La suerte de Herrera Campíns fue la de postergar sus aspiraciones presidenciales y no tener ningún contendor importante para 1978. Pero eso no quita que él se sintiera injustamente derrotado en 1972.

LUIS HERRERA CAMPÍNS Y COPEI, UNA RELACIÓN TORMENTOSA

En la era moderna, los políticos hacen vida política a través de la representación de sus partidos, los cuales no solo le brindan una base electoral, sino que le otorgan una serie de prerrogativas relativas a la legitimidad y a la difusión de mensajes centrales. Esto siempre que entre el partido y el político exista una relación saludable, pues, cuando no existe la confianza de la base o de la alta oficialidad de las organizaciones, se suelen generar quiebres que merman el liderazgo y la visión que se tiene de una figura en relación con su capacidad para la gestión y tenencia del poder.

En tal sentido, si bien es tarea de otro ensayo plantear las corrientes que convivieron dentro de la unidad demócrata-cristiana en COPEI, resulta valioso ponderar las vías que LHC abrió dentro del debate ideológico en el partido. Si bien existía un consenso en los valores, las ideas y los fines que se perseguían a nivel partidista, uno de los mayores enfrentamientos que se puede localizar generacionalmente se sitúa en torno a la materialización efectiva de sus preceptos ideológicos, pues al final la política solo podrá juzgarse basado en hechos tangibles que impacten en la calidad de vida de la sociedad.

Este enfrentamiento generacional sería directo con Rafael Caldera, quien fuera el “padre” de COPEI. Sobre dicho punto, es posible matizar que la visión de Caldera buscaba que la acción social generara impacto a partir de una suerte de imitación de imperativos categóricos que modelaran una sociedad. Por su parte, la visión que propugnó Herrera en su idea de política buscaba que el Estado, a partir de la subsidiaridad que lo caracterizaba, generará esa suerte de catalizadores que revirtieran los efectos de inequidad que empezaban a

manifestarse de manera directa en la vida del venezolano. Podemos decir entonces que el mayor conflicto era la forma aérea con la que Caldera entendía el contexto social versus la forma más terrenal de Luis Herrera Campíns.

El líder del partido copeyano tenía una visión de la democracia muy procedimental o formal, entendía a la misma como un elemento organizador de la sociedad civil y no como un fin ulterior, es decir, esta podía someterse a cualquier transformación necesaria para garantizar su utilidad. Con base en esto, se puede puntualizar en el carácter utilitarista que tenía la democracia dentro de la cosmovisión de Rafael Caldera. En cambio, LHC tenía una visión más sustantiva de la democracia, ligada a criterios de tipo social, participativos y comunitarios.

Partiendo de esto, se puede afirmar entonces que para Herrera la democracia era la base para lograr la participación activa de todos los sectores de la vida nacional en los principales debates concernientes al desarrollo del país. Si para Alfonsín, con la democracia, “se comía, se educaba y se curaba”, para Luis Herrera, con la democracia, se garantizaba la inclusión de todos los estamentos de la sociedad civil en la construcción y defensa de este sistema político, haciendo que los ciudadanos lo asimilasen como parte inherente de la República y la venezolanidad.

En este sentido la relación democracia-ciudadanía tenía un carácter simbiótico, para Luis Herrera los venezolanos debían aprender a convivir con el sistema aún en sus horas más bajas, pues era la única certeza de mejoría, al menos a mediano plazo. Este argumento se puede respaldar relejendo su cuarto mensaje de la nación, el cual reza:

El año que corre se nos ha presentado con circunstancias muy difíciles, que sería tonto negar. Me atrevo a decir que el Estado paternalista del que ha esperado todo prácticamente durante largos años, la sociedad venezolana, está a punto de desaparecer para dar paso a un Estado Social animador de la participación con la inevitable y magnífica organización social del pueblo.

Luis Herrera dejó claro su visión de democracia al observar las vicisitudes que empezaban a atravesar los venezolanos, ya sin posibilidades materiales para realizar ingentes subsidios, las falencias del sistema político para garantizar calidad de vida empezaban a ser

visibles. En este contexto, el rol como estadista imperaba exigir sacrificios, hacer entender a la sociedad que el futuro debía construirse con esfuerzo y trabajo, es decir la democracia debía ser comprendida como un ecosistema político-jurídico que permitiera explotar las virtudes de un pueblo que atravesó con extrema celeridad etapas de progreso que solo eran sostenibles mediante un Estado sumamente paternalista, era una Ilusión de Armonía (Naím dixit) sustentada en los elevados precios de un barril petrolero.

Así las cosas, es menester afirmar que la relación entre Herrera Campíns y COPEI nunca gozó de la confianza que llegó a existir entre los partidos centrales de Venezuela y sus figuras más prominentes. El apoyo que COPEI y la base copeyana brindó a LHC fue en su mayoría coyuntural. Las razones de esto pueden enmarcarse principalmente en tres factores: 1) la incapacidad dentro del seno copeyano para imaginar un líder distinto a Caldera 2) constantes diatribas en torno a su capacidad para llevar a buen puerto al partido 3) Falta de auctoritas

En lo que se refiere al primer punto mencionado, bastará con ver el desarrollo político de COPEI para entender como la falta de renovación en los cuadros medios y altos terminó generando una profunda crisis partidista que impidió que el partido se hiciera del poder nuevamente. El problema relativo a la figura de Caldera para los demás miembros fue que dentro de COPEI se ejerció una comparativa constante entre quién lideró el proyecto y quienes aspiraban a liderarlo. Nunca iba a ser suficiente el esfuerzo de otros candidatos ante el peso ejercido por quién fundó y llegó al poder por vez primera. El partido se acostumbró al ritmo de Caldera y este a definir el compás, no había finalmente espacio para otros copleros.

Como indica Sosa, (1986), en un número de la revista Sic de ese año, un liderazgo tan personalista, como el de caldera, tiende a la permanencia. En el caso de los “fundadores” de un partido, la relación dentro del mismo se hace mítico-simbólica. Si el líder, además, se siente identificado con su papel y personalmente responsable de la marcha de la historia, no hay relevo posible.

En relación con el segundo punto mencionado, vale la pena destacar que se dudaba fervientemente de las habilidades de LHC para asumir un periodo presidencial que resultase provechoso para los intereses futuros del partido, es decir, más allá de las dudas que pudiesen existir sobre su rol como estadista, para los cuadros de mayor envergadura de

COPEI la personalidad bonachona de Luis Herrera no terminaba de encajar dentro del estereotipo de presidente que tenían en mente los líderes del partido, por ende, preferían un perfil más recatado que fuese cónsono con el tipo ideal de demócrata cristiano. Aunado a esto a Herrera le jugaba en contra no haber ocupado un papel relevante en ningún gobierno anterior, se creía que no tenía la experiencia necesaria para asumir el ejecutivo.

Sobre esta idea, Sosa y Castillo (1977, p. 463) profundizan de la siguiente forma:

Los cuadros medios de COPEI, los afamados “técnicos” del cambio se convirtieron en uno de los mayores focos de descontento interno. El "estilo" de Luis Herrera no les parecía la forma adecuada de enfrentar los problemas del país. Demasiado populachero y poco ejecutivo, además ¡nunca ha tenido experiencia ejecutiva o de gobierno! ¡Es un político de pasillo de Congreso y no de gestión de gobierno o de partido! Estas capas medias son la más firme base de esa camarilla tradicional.

Con respecto a la tercera, uno de los problemas que arrastraba era el hecho que por primera vez un presidente, dentro de la Segunda República liberal democrática, lograba la cabeza del ejecutivo sin ser parte fundamental de la generación del 28, como Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, protagonista del pacto de puntofijo (Rafael Caldera) o haber sido elemento importante de un gobierno anterior (Carlos Andrés Pérez), es decir, el más común entre los comunes, cuya auctoritas solo podía provenir de una legitimidad de origen institucional, un hombre cuyas cualidades naturales para manejar elites estaban constantemente en tela de juicio.

LHC fue un hombre que asumió la presidencia de la República en un momento político convulso, e incluso crítico para la concepción del sistema democrático, por primera vez desde 1958 los venezolanos empezaban a descubrir problemas estructurales, sobre todo a nivel económico, que obligaban a replantearse sus expectativas de vida.

Desde aviones presidenciales y buques refrigerados hasta leche en polvo, sin contexto pueden parecer una lista de elementos que un gobierno planea adquirir para ejecutar una política pública; sin embargo, para inicios de 1979 eran la representación de una corrupción que se empezaba a visibilizar, corroyendo el sistema desde adentro. El germen de la degeneración administrativa se había inoculado tiempo atrás, no obstante, ante una

democracia que estaba en proceso de consolidación se optó por respetar un pacto tácito entre las elites, ya que la realidad operativa del sistema puntofijista implicaba una suerte de “laissez faire” con respecto a la corrupción y la impunidad a altos niveles, sólo así se podía preservar el modelo político.

Evidentemente, luego de 20 años de alternabilidad, la democracia se hizo adulta, gozaba de robustez, casi nadie dudaba de las bondades del sistema, entonces la política empezaba a tomar otro matiz, la búsqueda institucional del poder imperaba por sobre aquellos acuerdos tácitos que en antaño quedaban, ergo las dinámicas eran más viscerales. Por supuesto, LHC, político de vocación entendía el juego a la perfección, motivo por el cual se permitió que sus primeras palabras al recibir la banda presidencial fuesen “recibo un país hipotecado” una afrenta directa contra el gobierno anterior y un metamensaje de ruptura del axioma conciliador y no confrontador desarrollado desde 1958 por las elites, algo había cambiado.

Herrera Campíns ejerció el poder sin el respaldo copeyano. Esto en términos de su figura política, demostraría una marcada convicción por gobernar a partir de la independencia y sin las ataduras partidistas propias de sus predecesores, pero, por otro lado, lo alejaría de forma definitiva de la esfera de influencia interna del partido, de sus decisiones y su estructura. La liberalización de la disciplina partidista por parte de COPEI al llanero solidario durante su presidencia lo convertiría en un verdadero “llanero solitario”, teniendo que buscar apoyos en sectores alejados de la dinámica de COPEI para su gabinete. Dichos apoyos los encontró en su círculo de amigos y gente que merecía completamente su confianza.

La relación tormentosa con el partido se convirtió en la tendencia principal durante su gobierno.

LUIS HERRERA CAMPÍNS, UN DEMÓCRATA INTERNACIONAL

Finalmente, este ejercicio por sacar de esa suerte de destierro involuntario de la historia venezolana al dirigente copeyano, debe abarcar sin ninguna duda el aspecto relativo a las redes internacionales que tejió desde su juventud. Tanto en su faceta como político como en su faceta como estadista, LHC contaría con grandes apoyos en el concierto internacional que apalancaran su relevancia no solo dentro del seno de los demócratas cristianos a nivel

internacional (OCDE) sino que también le servirán para proyectar a Venezuela en labores diplomáticas que no habían sido tan comunes para la nación anteriormente dentro de la región y que ayudarían a fortalecer el liderazgo regional que venía persiguiendo desde los tempranos sesenta.

En concordancia con la idea de sacar a Herrera del ostracismo, es necesario reconocer que internacionalmente contaba con una gran aprobación por la forma en la que se dedicó a conectar con muchas causas relativas a las urgencias propias del proceso en el cual Latinoamérica buscaba generar desarrollo y estabilidad institucional. Es prudente decir que, en la actualidad, esta faceta es de las más desconocidas pero, de las más relevantes para entender su impronta como líder.

Luis Herrera Campíns tuvo que enfrentar un contexto complejo en materia de Política Exterior, Venezuela atravesaba una transición dentro del propio sistema, la reducción abrupta de los ingresos petroleros obligó al Estado a reconsiderar su papel internacional. Diametralmente opuesto a la considerado por Carlos Andrés Pérez, Herrera comprendía que el país ya no podía proyectarse en tantos espacios, no era factible hacer incidencia como Estado caribeño, petrolero, amazónico, sudamericano, no alineado, etc., ya que los recursos materiales lo imposibilitaban. Siendo así, el país hizo un ejercicio de introspección para delimitar su verdadera capacidad de incidencia exterior, dando como resultado operar mayoritariamente en la región del Caribe y la búsqueda de autonomía

La visión de la política exterior de Luis Herrera Campíns estuvo fundamentada por su intensa actividad como dirigente del movimiento socialcristiano a escala continental. Esta experiencia le brindó herramientas intelectuales, comunicativas y una red de contactos amplia, los cuales eran elementos necesarios para proyectar a Venezuela como un actor de relevancia primigenia en el escenario global. Herrera fue elegido Secretario General de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) en 1970 y mantuvo esta posición de liderazgo regional hasta 1978.

Esta posición le proveyó el marco ideológico que definió su diplomacia: el humanismo universalista. La autora Garza Martínez (2004, P. 121) enumera 3 direcciones surgidas a partir de este marco ideológico:

- 1: Lucha por un nuevo orden internacional

2. Lucha por la institucionalización y la democracia en la región
3. Búsqueda de un área de seguridad y de presencia venezolana

El orden internacional estaba marcado por la pugna ideológica propia del sistema bipolar que se había instaurado por Guerra Fría, mientras que LHC abogaba por un sistema internacional en el que primara la no intervención, pluralismo político, libre de determinación de los pueblos y respeto a los Derechos Humanos. Consciente del desafío que implicaba esta posición a gran escala, entendiendo el contexto que se vivía, comprendió que la proyección en PE debía estar enmarcada en el eje de influencia latinoamericano y caribeño. Esta sapiencia fue una herencia directa de la presidencia que ejerció en la OCDA por tantos años, donde se hizo un vasto conocedor de las dinámicas internacionales a nivel latinoamericano.

La influencia de la ODCA fue tan central en su posición como político y estadista que sirvió para idear una gestión gubernamental a nivel de Política Exterior. Asimismo, esta influencia le permitió codearse con los grandes nombres que a nivel diplomático tenía Venezuela, sin haber ejercido previamente un rol de representación internacional. Como Secretario General de la ODCA, Herrera Campíns coordinaba estrategias internacionales con el canciller Arístides Calvani, en reuniones semanales en Miraflores.

Teniendo en cuenta la idea central, en la cual se cimentó el carácter político doctrinal de su Política Exterior, es pertinente caracterizar las acciones y momentos dentro del plano internacional, en las cuales sus ideas en este sentido se materializaron. A fines prácticos, se hará énfasis en los siguientes hitos:

1. Creación del grupo de Contadora.
2. Apoyo a la nación Argentina en el conflicto de Malvinas
3. Condena del Apartheid y las situaciones ocurridas en Namibia

Sobre el primer hito, se debe ponderar el contexto dictatorial y militarista que imperó en la región desde la época de los sesenta. A nivel interno, la violación sistemática de DDHH era un patrón repetido en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. La ausencia de soluciones institucionales a lo interno, aunado a la falta de interés de la potencia continental para resolver conflictos, llevó a que un grupo de Estados democráticos latinoamericanos se agruparan para tomar cartas en el asunto, y evitar que los focos de desestabilización se

siguieron profundizando en la región, entendiendo que un contexto democrático era más segura para todos los actores.

Venezuela lidera este proceso y Luis Herrera inicialmente se convierte en enlace de voluntades a favor de la iniciativa. Aunque su participación activa es corta, ya que abandona el poder tan solo meses después de su creación, impregna mucho del espíritu democratacristiano al ser un grupo que propugnaba la diplomacia preventiva como base de su accionar. Este hito también es relevante para la visión como estadista de LHC, pues en la práctica Venezuela pasará de ser un mero exportador de democracia a ser un facilitador de procesos institucionales y democráticos. Ya no se busca que se imite el modelo, ahora se trabaja para crear las condiciones necesarias entendiendo los diversos contextos y dificultades que pueden existir.

En lo que respecta al segundo hito, dentro de la visión de PE de Luis Herrera existía una clara priorización del elemento latinoamericano sobre lo que se pudiese considerar algún tipo de injerencia extranjera. Por otro lado, la lucha que llevaban los argentinos por la reivindicación de ese territorio hacia un eco sencillo en la nación venezolana, pues había similitud en los procesos tanto del Esequibo como de las Malvinas, ambas zonas en reclamación que tenían como contraparte al Estado británico, por ende, existía un halo de solidaridad automática que era imposible dejar de lado, originada también por el apoyo argentino en 1902 hacia Venezuela enmarcado en la Doctrina Drago, la cual consistía en que ningún Estado puede usar la fuerza armada contra una nación americana.

Sobre el tema del Apartheid y los conflictos que tuvieron lugar en Namibia, la administración de LHC fue enfática en su condena y en la gestación de mesas de trabajo que sirvieran como punto de partida para soluciones. En tal sentido, la principal motivación de esta aventura diplomática, lejana a las bases de su priorización regional, pasaba por los aspectos ligados a su concepción de cristiandad, la cual tenía como base el respeto a la vida, la dignidad humana y al entendimiento del prójimo como igual en todo sentido. Por esto, Venezuela apoyará a la Organización del Pueblo de África del Sudoeste (SWAPO) el movimiento de liberación que luego se convirtió en el partido de gobierno de Namibia.

El papel de Herrera como dirigente continental, incluso después de terminar su presidencia, fue ratificado cuando fue elegido Secretario General de la Internacional Demócrata Cristiana en 1986, con sede en Bruselas. Este continuo liderazgo en el

socialcristianismo internacional subraya que su política exterior en Miraflores fue una consecuencia directa de su visión panamericana, orientada consistentemente a contribuir a la paz y la democracia en América Latina

Conclusión

Se puede afirmar con rigurosidad que Luis Herrera Campíns fue un servidor público, un hombre cercano, con una gran vocación ciudadana y voluntad para llegar a los sectores más marginados de la sociedad. Sus esfuerzos incansables le permitieron alcanzar la presidencia, culmen de la vida política de todas aquellas personas que alguna vez ejercieron un rol dentro del Estado, es decir, recorrió todos los espacios necesarios para demostrar sus capacidades.

En el desarrollo de su vida política, tuvo que enfrentar dificultades propias de su contexto, ya que hizo carrera dentro de un partido cuyo líder y referente, jamás pudo ver en Herrera Campíns virtudes que le permitiesen depositar plena confianza en él para conducir el partido e imponer sus ideas. Sin embargo, pudo sortear con astucia estas vicisitudes para ganar su ascenso en la base del partido y llegar a ser el ganador en una elección interna en COPEI.

El legado que se puede rescatar de Luis Herrera trasciende a su rol de parlamentario o estadista, fue un hombre político que creyó profundamente en la democracia venezolana, aun cuando esta empezaba a mostrar signos de fisuras. Además, tuvo grandes aportes en cuanto a gobernar con autonomía se refiere, no se sometió a los designios del partido cuando no lo considero pertinente, aunque esto le valiera su futura posición dentro del mismo.

Asimismo, Luis Herrera Campíns fue un hombre honesto, gracias a su percepción de cristiandad, siempre estuvo apegado a la ley y supo entender que no debía apresurar procesos aun cuando se consideraba merecedor. Sin embargo, no se puede dejar de lado que aunque le tocó gobernar en un momento sensible del país, donde la corrupción y las necesidades socioeconómicas empezaban a aflorar, tuvo poca capacidad para reconducir los designios del país.

En definitiva, uno de los aportes que buscó dejar este ejercicio analítico estuvo en la redefinición y exaltación del perfil internacional que Luis Herrera Campíns consolidó, no solo a través de su militancia en la OCDA, sino también gracias al matiz diplomático de

gestión que su presidencia construyó alrededor de la posición internacional de Venezuela. Este aspecto resulta de gran relevancia, puesto que dentro de los muchos elementos que se omiten en la historiografía sobre Venezuela, resalta el casi nulo acercamiento que han hecho teóricos de las Relaciones Internacionales acerca de su pensamiento sobre Política Exterior y el momento que vivió Venezuela con las diferentes iniciativas en todo el continente.

A modo de cierre, es importante resaltar que figuras como la de Luis Herrera Campíns fueron indispensables durante la etapa democrática, no solo permitieron que la alternabilidad política se extendiera más allá de los grandes nombres conductores del puntofijismo, sino que institucionalizaron la percepción que se puede gobernar de formas más cercana y humana.

Referencias.

Aveledo, R. G. (2012). *El llanero solidario: Verdades ignoradas sobre Luis Herrera Campíns y su tiempo*. Editorial Libros Marcados.

Borgucci, E., & Fuenmayor, J. (2007). Antecedentes del debilitamiento institucional en Venezuela durante el gobierno de Luis Herrera Campíns. *Sociedad*, 20(56), 171–195. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/138/13827198005.pdf>

Carnevali, D. (2014). *El hundimiento de los partidos políticos tradicionales venezolanos: El caso Copei*. Villegas Editores.

Castillo, I., & Sosa, A. (1979). ¿Qué pasa en Copei? El cambur verde mancha. *SIC*, 42(420), 462–463. Recuperado de: <https://gumiteca.org/indices/indices.php?year=1938&tipo=REVISTASIC>

Centro Gumilla (Ed.). (1986). *Artículo sin título* (N.º 481). *SIC*, 12–15. Recuperado de http://gumiteca.org/PDF/SIC1986481_12-15.pdf

Herrera Campíns, L. (1983, 10 de marzo). *Cuarto mensaje al Congreso de la República, 10 de marzo de 1983*. [Discurso presidencial]. Luis Herrera Campíns. Recuperado de https://luisherreracampins.com/wp-content/uploads/2025/07/4to_Mensaje_Congreso_10_03_83.pdf

La democracia- cristiana en Venezuela: Surgimiento y caída de Copei [Tesis de Licenciatura inédita]. (2004). Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de <https://tesiunamdocumentos.dgb.unam.mx/ppt2004/0333861/0333861.pdf>